

sienes la borla imperial, y bien asegurado el infeliz monarca, fué conducido á un edificio inmediato y custodiado allí con toda vigilancia.

Cesó entonces toda sombra de resistencia, y las nuevas de la prision del Inca se esparcieron al momento por la ciudad y los alrededores. El encanto que podia mantener unidos á los Peruanos estaba roto, y ya nadie pensó mas que en su propia seguridad. Hasta las tropas acampadas en las inmediaciones se llenaron de temor, y emprendieron la fuga en todas direcciones, huyendo de sus perseguidores, quienes en la embriaguez de su triunfo no daban muestra de misericordia. Al fin la noche, mas piadosa que los hombres, cubrió con su benigno manto á los fugitivos, y las dispersas tropas de Pizarro llamadas por la trompeta, acudieron á reunirse en la ensangrentada plaza de Caxamalca.

Discrepan como de costumbre los autores en el número de los muertos. El secretario de Pizarro dice, que perecieron dos mil indigenas.²⁶

ocurró figurar una cosa semejante en el Perú, con lo cual conseguia al mismo tiempo lisonjear la vanidad de los Españoles y paliar la falta de valor de que eran acusados sus paisanos por haber cedido con tanta facilidad; porque si podia exigírseles que resistiesen á los hombres, seria una locura oponerse á los decretos del cielo. Mas la novelesca

relacion de Garcilaso, tiene un no sé qué tan agradable á la imaginacion, que ha encontrado séquito entre la mayoría de los lectores. La crítica del agudo y esceptico Robertson puede servir de eficaz correctivo para los lectores ingleses.

²⁶ Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 199.

Un descendiente de los Incas, mejor autoridad que Garcilaso, hace subir su número á diez mil.²⁷ La verdad se halla generalmente entre los extremos. La matanza fué continua, porque no habia quien le pusiera término. No deberá parecer extraño que no hubiese resistencia, si se considera que las infelices víctimas no tenian armas y que el extraño y espantable espectáculo que repentinamente se presentó á su vista no dejó lugar ni aun á la reflexion. “¿Es maravilla,” decia un antiguo Inca á un Español, quien nos lo refiere, “es maravilla que nuestros paisanos perudiesen el sentido, al ver correr la sangre como agua, y al Inca, cuya persona adoramos todos, cogido y llevado por un puñado de hombres.”²⁸

²⁷ “Los mataron á todos con os caballos con espadas con arcabuces como quien mata ovejas —sin hacerles nadie resistencia que no se escaparon de mas de diez mil, doscientos.” Instruc. del Inca Titucussi, MS.

Este documento que consta de doscientas páginas en folio, está firmado por un Inca peruano, nieto del gran Huayna Capac, y por consiguiente sobrino de Atahualpa. Se escribió en 1570 con el objeto de esponer á S. M. Felipe II, los derechos de Titucussi y su familia á la munificencia real. En el discurso de su Memorial el autor aprovecha la ocasion para recapitular los principales sucesos de los últimos

años del imperio, y aunque bastante prolijo para agotar la paciencia hasta del mismo Felipe II, merece grande aprecio como documento histórico, por ser su autor un individuo de la estirpe real de los Incas.

²⁸ Montesinos, Anales, MS., año 1532.

Segun Naharró no asustó tanto á los Indios el estruendo ocasionado por la repentina acometida de los Españoles, aunque fué tal “que los cielos parecian venirse abajo,” como la aparición que se vió en el aire durante la pelea; es á saber, una muger con un niño y á su lado un caballero vestido todo de blanco y montado en un corcel blanco como la

Mas aunque la matanza fué continua, duró muy corto rato. Todo el tiempo empleado en ella se redujo al breve crepúsculo de los trópicos, que no escede mucho de media hora; corto tiempo á la verdad, pero bastante para decidir de la suerte del Perú y destronar la dinastia de los Incas.

Cumplió Pizarro aquella noche la palabra que tenia dada al Inca de cenar con él. Sirvióse la cena en uno de los salones contiguos á la plaza, que pocas horas antes habia sido el teatro de la carnicería, y cuyo piso estaba todavia cubierto con los cadáveres de los vasallos del Inca. El monarca cautivo tomó asiento al lado de su vencedor. Segun se echaba de ver, no comprendia aun toda la estension de su desgracia, y si la comprendia manifestó una admirable fortaleza. "Son azares de la guerra," decia,²⁹ y si hemos de dar crédito á los Españoles, alabó la destreza con que habian conseguido apoderarse de él á la faz de todo su ejército.³⁰ Añadió que desde que desembarcaron los Españoles tuvo noticias puntuales de todos sus pasos; pero que su cor-

nive (sin duda el valiente Santiago) quien con su espada despidiendo rayos, heria á los enemigos y no les dejaba hacer resistencia. Refiere el buen padre este milagro descansando en el testimonio de tres frailes de su orden, que se hallaron presentes y lo oyeron decir á infinitos na-

turales. Relacion Sumaria, MS.

²⁹ "Diciendo que era uso de Guerra vencer, y ser vencido." Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 2, cap. 12.

³⁰ "Haciendo admiracion de la traza que tenia hecha." Relacion del Primer Descub., MS.

to número le hizo formar un concepto despreciable de su poder. No le cabia duda de que con mucha facilidad podria vencerlos con sus fuerzas superiores cuando llegasen á Caxamalea, y como deseaba ver por sus propios ojos qué clase de gente eran, les habia dejado pasar las montañas, con intencion de separar algunos para su servicio, y despues de apoderarse de sus extrañas armas y caballos, dar muerte á los demas.³¹

No deja de ser probable que tales fuesen las intenciones de Atahuallpa, y así se explica su omision en guardar los pasos de la sierra, donde podria haber escojido tan escelentes puntos de defensa. Pero que un principe tan astuto, como nos le pintan generalmente los Conquistadores, hiciese una confesion tan indiscreta de sus pensamientos ocultos, no es igualmente probable. Para entenderse con el Inca era preciso valerse del interprete Felipillo, jóven malicioso segun parece, que queria mal á Atahuallpa, y cuyas interpretaciones admitian de buena voluntad los Españoles, deseando hallar en ellas algun pretexto para sus sangrientas represalias.

Atahuallpa, segun ya se ha dicho en otra parte, tenia entonces como treinta años de edad.

Era bien formado y mas robusto que la genera-

³¹ "Y á lo que yo entiendo," así, porque solo la milagrosa ayuda del cielo pudo habernos salido de los Conquistadores que refiere esta conversacion, "tenia hartos motivos para creerlo." Ibid., MS.

lidad de sus compatriotas. Tenia cabeza grande, y su rostro podria llamarse hermoso si no tuviera los ojos sanguinolentos, lo que le daba cierta expresion de ferocidad. Hablaba pausadamente, era grave en sus modales, y con sus propios vasallos duro hasta la severidad; bien que con los Españoles se mostraba afable, y aun se permitia sus ratos de buen humor.³²

Pizarro trataba á su real cautivo con todo miramiento, y se empeñaba en disminuir, ya que no podia disiparla del todo, la tristeza que anublaba la frente del monarca á pesar de su aparente serenidad. Le suplicaba que no se dejase abatir por sus reveses, porque igual suerte habian sufrido todos los monarcas que habian tratado de hacer resistencia á los blancos. Su venida á aquel pais tenia por objeto anunciar el evangelio y la religion de Jesucristo, y no era maravilla que hubiese triunfado cuando le protegía tan poderoso escudo. El cielo habia permitido que la soberbia de Atahuallpa fuese humillada, para castigarle por sus intenciones hostiles contra los Españoles, y por el desprecio con que habia tratado el sagrado volumen. Pero exhortaba al Inca á que no se dejase abatir y tuviese confianza en él, porque los Españoles era de índole generosa y solo hacían guerra á los que les resistían, perdonando siempre á

³² Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 203.

los vencidos.³³ Atahuallpa debió ver en la mantanza de aquel dia una prueba bien estraña de esta ponderada benignidad.

Antes de recojerse dirigió Pizarro algunas breves razones á sus tropas sobre su situacion presente. Cuando supo que no habia ningun herido, les mandó dar gracias al cielo por tan patente milagro: díjoles que sin la proteccion de la Providencia jamas habrian triunfado con tanta facilidad de un enemigo tan numeroso, y que confiaba en que les tendria reservados para acabar mayores empresas. Pero que si trataban de salir airosos, era preciso que pusiesen mucho de su parte. Que se hallaban en el corazon de un reino poderoso, rodeado de enemigos ciegameute adictos á su soberano, y así era menester que estuviesen siempre vigilantes y prontos á despertar al primer sonido de la trompeta.³⁴ Apostados luego los centinelas, puesta una fuerte guardia en la habitacion de Atahuallpa, y tomadas en fin todas las precauciones propias de un gefe cuidadoso, se retiró Pizarro á descansar, y si creia de corazon que en las sangrientas escenas del pasado dia, no habia hecho mas que pelear la buena batalla de la

³³ "Nosotros vsamos de pie- antes los perdonamos," Ibid. tom. III. p. 199.
³⁴ Ibid., ubi supra.—Pedro Pizarro, Descub. y Cong., MS. doles destruir, no lo hacemos.

Cruz, sin duda que debió dormir con mas sosiego que en la noche que precedió á la captura del Inca.

A la mañana siguiente su primera orden fué que se limpiase la ciudad, y los prisioneros, que eran muchos, se ocuparon en levantar los muertos y en darles decente sepultura. Luego destacó una partida como de treinta caballos, á los cuarteles que ocupó últimamente Atahualpa en los baños, para recojer el botin, y dispersar el resto de las fuerzas peruanas que aun se mantenian en los alrededores de la ciudad.

Antes del medio dia regresó la partida trayendo consigo una turba de Indios de ambos sexos y entre ellos muchas mugeres y criadas del Inca. Los Españoles no habian encontrado resistencia, pues que los guerreros peruanos, aunque muy superiores en número, perfectamente equipados, y en su mayor parte jóvenes robustos, (porque las tropas veteranas estaban en el Sur con los generales del Inca,) perdieron todo el ánimo con perder á su rey. No habia gefe que ocupase su lugar, porque no reconocian otra autoridad que la del Hijo del Sol, y parecia que un encanto invisible les retenia cerca del lugar de su prision mientras que contemplaban á los blancos con una especie de reverencia supersticiosa, por haberse arrojado á ejecutar empresa tan atrevida.³⁵

³⁵ Desde entonces, dice Ondegardo, los Españoles que hasta

El número de prisioneros indios era tan grande que algunos de los Conquistadores fueron de opinion que se les matase, ó a lo menos que se les cortasen las manos para inutilizarles é infundir terror á sus paisanos.³⁶ Esta propuesta vino sin duda de la hez de los soldados, pero basta el que llegasen á hacerla, para conocer de qué clase de gente se componia la tropa de Pizarro. El capitan desechó la proposicion como impolítica é inhumana, y despachó los Indios á sus casas, asegurándoles que no se haria daño alguno á quien no opusiese resistencia á los blancos. Conservó sin embargo un número suficiente para el servicio de los Conquistadores, quienes quedaron tan bien habilitados en este punto, que hasta el mas triste soldado tenia una servidumbre que pudiera haberle envidiado un noble.³⁷

Hallaron los Españoles en las cercanias del
 allí habian sido conocidos con el nombre de *barbudos*, fueron llamados por los naturales *Viracochas*, aludiendo al color blanco de esta divinidad. La gente del Cuzco que no tenia mucho amor al Inca cautivo, "miraba á los extranjeros," dice el autor, "como á enviados del mismo Viracocha" (Rel. Prim., MS.) Esto nos trae á la memoria una supersticion, ó mas bien preocupación loable de los antiguos griegos, de que Júpiter enviaba al extranjero.³⁶ "Algunos fueron de opinion, que matasen á todos los Hombres de Guerra, ó les cortasen las manos." Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, t. III. p. 200.
³⁷ "Cada Español de los que allí iban tomaron para sí muy gran cantidad tanto que como andaba todo á rienda suelta havia español que tenia docientas piezas de Indios i Indias de servicio." Conq. i Pob. del Piru, MS.

campamento numerosos rebaños de llamas, destinadas para el consumo de la corte. Los mas de ellos se dispersaron y se volvieron á sus montañas nativas, aunque Pizarro hizo reservar un gran número para el gasto del ejército. Y debieron ser muchos, porque uno de los Conquistadores dice, que habia dias en que se mataban ciento y cincuenta carneros del Perú.³⁸ Los Españoles procedieron á la verdad con tan poca prevision en el consumo de aquellos animales, que dentro de poco tiempo los magníficos rebaños criados con tanto esmero por el gobierno peruano, casi habian desaparecido.³⁹

La partida enviada á despojar la habitacion del Inca, trajo consigo un copioso botin en alhajas de oro y plata, y entre ellas el servicio de mesa del Inca, cuyo tamaño y peso causó grande admiracion á los Españoles. Todo esto, con algunas gruesas esmeraldas que tambien se cogieron, y los ricos despojos hallados en los cuerpos de los nobles que perecieron en la matanza, se colocó en lugar seguro para proceder á su division mas adelante. En la ciudad de Caxamalca hallaron tambien las tropas almacenes provistos de ropas de lana y algodón,

38. "Se matan cada Dia, ciento y cincuenta." Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 202.

39 Cieza de Leon, Crónica, c.

80.—Ondegardo, Rel. Seg., MS. "Hasta que los destruian todos sin haver Español ni Justicia que lo defendiese ni amparase." Conq. i Feb. del Peru, MS.

la mas fina y vistosa que hasta entonces habian visto. Estaban apiladas desde el suelo hasta el techo y en tan gran cantidad, que despues de que cada soldado hubo tomado cuanto quiso, no se advertia que hubiese disminuido el acopio.⁴⁰

De buena gana habria marchado Pizarro al punto sobre la capital, pero la distancia era grande y su fuerza muy pequeña. Tenia ademas que separar de ella la guardia necesaria para custodiar al Inca, y recelaba internarse mas en un imperio tan fuerte y populoso, llevando consigo aquella importante presa. Asi es que deseaba con grande ansia algun nuevo refuerzo de las colonias, y envió un correo á San Miguel para que informase á los Españoles de su buena fortuna, y preguntase al mismo tiempo si habia llegado algun buque de Panamá. En el intermedio, deseando tener en Caxamalca lo mas necesario para un ejército cristiano, empleó su gente en levantar una iglesia, ó tal vez dispondria para el efecto algun edificio indio, en donde los frailes Dominicos celebraban el sacrificio de la misa con toda solemnidad. Las dirruidas cercas de al ciudad se reedificaron tambien con mas solidez

40 Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 200.

Segun el Conquistador anónimo, habia lo suficiente para cargar muchos navios. "Todas estas cosas de tiendas y ropas de

lana y algodón eran en tan gran cantidad, que á mi parecer fueran menester muchos navios en que cupieran." Relacion del Primer. Descub., MS.

que antes, y en breve desaparecieron hasta los menores vestigios de la tormenta que acababa de sufrir.

No tardó mucho Atahualpa en descubrir al través del zelo religioso que parecía animar á los Conquistadores, otro apetito oculto, mas poderoso en la mayor parte de ellos que la religion y el deseo de la fama. Era este el amor al oro, y resolvió aprovecharse de él para conseguir su libertad. El estado crítico de sus negocios exigia que esto se hiciese cuanto antes. Desde la derrota y prision de su hermano Huascar lo habia mantenido bajo buena guarda á disposicion del vencedor. Se hallaba entonces en Andamarca, no lejos de Caxamalea, y Atahualpa temia, no sin motivo, que cuando se esparciesen las nuevas de su propia prision, corrompiese Huascar con facilidad á sus guardas, se fugase, y volviese á empuñar el cetro sin tener ya rival que se lo disputase.

Con la esperanza, pues, de conseguir su intento, recurriendo á la avaricia de sus guardadores, un dia dijo á Pizarro que si queria ponerle en libertad, él se comprometia á cubrir de oro el piso del aposento en que se hallaban. Escucharon esto los circunstantes con una sonrisa de incredulidad, y viendo el Inca que no le respondian, continuó diciendo, "que no solo cubriria el suelo, sino que llenaria el aposento de oro

hasta donde alcanzase con la mano," y poniéndose de puntillas estendió el brazo cuanto pudo, é hizo una señal en la pared. Todos se miraban asombrados, y consideraban áquello como la loca jactancia de un hombre á quien el deseo de recobrar su libertad le impide reflexionar sobre lo que promete. Mas sus palabras pusieron en grande duda á Pizarro. Conforme habia ido internándose en el pais, mucho de lo que habia visto, y cuando habia oido, confirmaba las doradas relaciones de los tesoros del Perú que á los principios recibiera. El mismo Atahualpa le habia hecho la mas brillante pintura de las riquezas de su capital, en donde la techumbre de los templos estaba revestida de oro, las paredes cubiertas de tapices, y el piso embutido de trozos del mismo metal, y era preciso que todo esto tuviese algun fundamento. De todos modos lo mas seguro era aceptar la propuesta del Inca, porque cuando menos, de esa manera podia recoger de una vez todo el oro que este poseia, evitándose que los naturales lo hurtasen ó escondiesen. Asi es que admitió la oferta de Atahualpa; hizo trazar una linea roja á la altura que indicó el Inca, y mandó que el notario asentase en toda forma los términos de la propuesta. El aposento tenia como diez y siete pies de ancho y veinte y dos de largo, y la altura de la señal roja era de tres varas.⁴¹ Aquel espacio debía

41 He adoptado las dimensiones apuntadas por el secreta-

llenarse de oro; pero no fundido y reducido á tejidos, sino en la misma forma en que viniese labrado, para que los huecos fuesen en favor del Inca. Convino además en llenar dos veces de plata, en los mismos términos, una pieza contigua mas pequeña, y pidió dos meses para cumplir lo prometido.⁴²

Apenas celebrado el convenio, despachó el Inca sus enviados al Cuzco y á los otros lugares principales de su reino, con orden de que se

rio Xerez. (Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III, p. 202.) Segun Hernando Pizarro el aposento tenia nueve pies de alto, pero treinta y cinco de largo por diez y siete ó diez y ocho de ancho. (Carta, MS.) Bastante grande es ya el cómputo mas moderado.

Dice Stevenson "que todavía enseñan, un cuarto grande, parte del antiguo palacio, que sirve ahora de habitacion al cacique Astopilca, en el cual estuvo preso el desgraciado Inca," y añade que todavía se descubre la línea trazada en la pared. (Residence in South America, vol. II, p. 163.) Se ven hoy en el Perú muchas ruinas contemporáneas de la conquista, y no seria extraño que se hubiese conservado la memoria de un lugar tan notable, aunqu no fuese mas que como un recuerdo grato para los Españoles.

⁴² Los sucesos de que trata el párrafo precedente, se encuentran referidos con notable con-

formidad por los antiguos cronistas (Conf. Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Carta de Hern. Pizarro, MS.—Xerez, Conq. del Peru, ap. Barcia, ubi supra.—Naharro, Relacion Sumaria, MS.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 2, cap. 6.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 114.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 2, cap. 1.)

Tanto Naharro como Herrera afirman que Pizarro prometió al Inca su libertad si cumplia las condiciones. No confirman esto los otros cronistas; pero tampoco dan á entender que el Español desechase la propuesta. Y como Pizarro urgía á su prisionero para que cumpliera por su parte el contrato, debió ser bajo la inteligencia tácita, si no espresa, de que él lo cumpliría por la suya. No es creible de modo alguno que el Inca hubiera entregado sus tesoros, si no lo hubiese entendido así.

recogiesen todos los adornos y utensilios de oro de los palacios reales, de los templos y de los demas edificios públicos; y se enviasen sin dilacion á Caxamalca. En el entretanto siguió viviendo con los Españoles, tratado con el respeto debido á su rango, y gozando de toda la libertad compatible con la seguridad de su persona. Aunque no se le permitia salir, no se le echaron prisiones; y podia pasearse por su aposento, bajo la continua vigilancia de un centinela, que conocia demasiado la importancia del real prisionero para descuidarse ni un solo momento. Le permitian comunicar con sus mugeres favoritas, y Pizarro cuidaba de que nadie fuese á perturbarle en su encierro. Sus vasallos entraban libremente á verle, y cada dia venian á visitarle muchos Indios nobles, que le traian presentes y se dolian de la desgraciada suerte de su Señor. En tales ocasiones el mas poderoso de sus vasallos no se atrevia á entrar á su presencia sin despojarse primero de su calzado y tomar una carga á cuestras, en señal de respeto. Los Españoles veian con mucha curiosidad estas muestras de homenaje, ó mas bien de sumision servil por una parte, y el aire de absoluta indiferencia con que eran recibidas por la otra, como una cosa ordinaria, y formaron una idea muy elevada de un príncipe que aun en su triste estado actual, sabia inspirar tal respeto á sus súbditos. Eran tantos los

que venian á hacerle la corte y tan grande el amor que sus vasallos mostraban al monarca cautivo, que al fin sus carceleros empezaron á verlos con cierta desconfianza.⁴³

Nodespreció Pizarro tan buena oportunidad de comunicar á su prisionero las verdades reveladas, y asociado de su capellan el Padre Valverde se pusieron á trabajar en obra tan meritoria. Atahuallpa les escuchaba con paciencia y al parecer con atencion; pero nada le hizo tanta fuerza como el argumento con que cerró su discurso el soldado controversista: que el Dios que adoraba Atahuallpa no podia ser el verdadero, pues habia permitido que cayese en manos de sus enemigos. El desgraciado monarca reconoció la fuerza del argumento, y confesó que en efecto su Dios le habia abandonado cuando más necesitaba de su ayuda.⁴⁴

Mas el modo con que trataba á su hermano Huascar en aquellos mismos dias prueba claramente, que por mas respeto que manifestase á sus maestros, las doctrinas del cristianismo habian penetrado muy poco en su corazon. Tan luego como supo Huascar la prision de su rival

43. Relacion del Primer. Des-Gobernador le habia dicho: que cub., MS.—Naharro, Relacion bien conócia que aquel que habia Sumaria, MS.—Zárate, Conq. blaba en su Idolo, no es Dios del Perú, lib. 2, cap. 6. verdadero, pues tan poco le ayudó.

44. "I mas dijo Atabalipa, que estaba espantado de lo que el Barcia, tom. III, p. 203.

y el enorme rescate que ofrecia porque le soltasen, comenzó segun aquel habia previsto, á hacer toda clase de esfuerzos para recobrar su libertad, y envió ó trató de enviar un mensaje al capitán español, ofreciéndole un rescate mucho mayor que el prometido por Atahuallpa, quien como nunca habia residido en el Cuzco, no sabia cuantos eran los tesoros que allí habia, ni el lugar en donde se guardaban.

Supo todo esto Atahuallpa por medio de las personas que custodiaban á su hermano, y avivados los antiguos recelos con esta noticia, llegaron á su colmo con haberle dicho Pizarro que pensaba hacer que su hermano Huascar viniese á Caxamalca, para poder examinar por sí mismo la cuestion, y decidir cual de los dos tenia mejor derecho al cetro de los Incas. Pizarro conoció desde el principio las ventajas que debia procurarle esta contienda, pues podia hacer inclinar la balanza al lado que le pareciese, arrojando en ella su espada. Aquel que hubiese obtenido el cetro por su cooperacion, quedaria reducido á un mero instrumento de sus miras, del que se valdria para hacer su voluntad, mucho mejor que gobernando en su propio nombre. El lector recordará que el mismo camino siguió Eduardo I en los asuntos de Escocia, y otros muchos monarcas antes y despues de él; y aunque no es fácil que un soldado sin letras

los disturbios del imperio. Despues de hacer varias pesquisas, halló Pizarro que no quedaba duda de la muerte de Huascar. El que los oficiales de Atahuallpa la hubiesen ejecutado sin su orden espresa, daba tan solo á entender, que al tomar esta resolucion, no habian hecho tal vez otra cosa que anticiparse á los deseos de su señor. Este crimen, que á nuestros ojos parece mucho mas horrible por el parentesco que mediaba entre ambos príncipes, no debió parecer tan grave á los Peruanos, en cuyas complicadas familias los lazos de la fraternidad debieron ser muy débiles; demasiado débiles para que pudiesen detener el brazo del déspota que deseaba dejar libre de estorbos su camino.

CAPITULO VI.

LLEGA EL ORO PARA EL RESCATE.—VIAGE A PACHACAMAC.—DESTRUCCION DEL IDOLO.—EL GENERAL FAVORITO DEL INCA.—VIDA DE ESTE EN SU ENCIERRO.—CONDUCTA DE LOS ENVIADOS EN EL CUZCO.—LLEGADA DE ALMAGRO.

1533.

Muchas semanas se habian pasado desde que los enviados de Atahuallpa salieron en busca del oro y la plata que debian servir para su rescate; pero las distancias eran grandes y las remesas llegaban de tarde en tarde. Se componian estas principalmente de vasos y utensilios, tan gruesos y pesados, que algunos tenian hasta dos ó tres arrobas de peso. Otros dias solian llegar piezas valiosas treinta ó cuarenta mil pesos de oro, y á veces hasta cincuenta ó sesenta mil. Ibanseles los ojos á los Conquistadores tras de aquellos relucientes montones de oro, que traian en hombros los cargadores indios, y despues de tomar razon de ellos, se guardaban en lugar seguro, austodiados por una guardia respetable. Ya co-